ton, como á siervo malo que habla con su señor sin reverencia.

Tambien puede pensar á un sentenciado á muerte y ya el cuchillo á la garganta, que pidiese perdon al juez, y que por ventura se lo daria, con qué ahinco se lo pediria.

Sirve tambien el hacer cuenta que aquel rato está muerto ó muriéndose, y que está presentado delante del juicio de Dios, y que no tiene que acordarse de nadie, sino decir: Rogad por mí.

Item, ántes de recogerse, leer en algun libro devoto, y tambien tomar una disciplina.

Item, decir algunas palabras vocalmente, sacadas de la afeccion de su corazon, ó de los salmos, ó de otras partes, que le inflamen á algun buen sentimiento y le despierten; porque mejor es oracion vocal ferviente, que oracion mental tibia.

Item, guárdese de pecados veniales, porque estos apagan el fervor de la caridad; y procurar de vivir de manera que cuando se recoja no tenga nuestro Señor que castigarle con enseñarle la cara airada, ó con no mirarle; porque en aquel rato suele él castigar con esto á los que se han desmandado en otras cosas.

Item, pedirle al Señor espíritu de devocion, y guardar bien lo que le diere; porque *delicata est divina consolatio.*

Item, determinarse de no dejar sus ejercicios, seco ó devoto, sino perseverar diciendo: Yo no vengo aquí sino porque el Señor lo manda, y por estar en cruz como él estuvo.

Lo postrero, aunque no tenga Vm. tanta devocion como si no tuviese ocupaciones, no se fatigue, pues no es posible, si no fuese por algun particular don, tener tanta con ocupaciones y muchas, como estando solo noche y dia en su celda, pues la fecundidad de Lia recompensa el ser algo cegajosa, y así procure Vm. tener la mas que pudiere; mas no desmaye si alcanzare lo que quisiere; que las ánimas en cuyo provecho Vm. entiende, algo valen, pues costaron á Jesucristo su sangre. Obligar por via de precepto á reiterar confesiones, y cuando no hay algunas de las causas que los doctores ponen, no es seguro; mas mirando que las que mucho usan, como Vm. dice, son en gran manera dudosas si llevan las condiciones que los doctores piden, tengo por cosa muy acertada y que se debe mucho procurar, que cuando tienen mas sentimiento de este sacramento y del aparejo que requiere, hiciesen una confesion general. Y el provecho está claro, pues ya que valgan las confesiones, hay gran probabilidad para creer que fuéron informes, y no dió el sacramento gracia por falta de disposicion; y para que esta gracia se dé, es menester otro mejor movimiento; y esto no es saberse aparejar para haberlo estas tales personas fuera de confesion, pues aun en ella vemos cuán mal lo hacen; y hace mucho para esto ver cómo en viniendo en un hombre llamamiento de Dios á mejor vida que la pasada, su mismo corazon le pide que se confiese de toda su vida; y así tengo por enseñanza de Dios, y cosa que se debe muy mucho procurar y persuadir al penitente, cuando preguntándole de confesiones pasadas, dice haberlas hecho, como muchos las hacen, tarde y mal; mas si el penitente no quiere menear su vida pasada, no es obligado el cura á le compeler, cuando, como digo, no hubiese alguna causa de las que ponen los santos, ni el confesor á preguntarle sino desde que se confesó; mas cuando clara tiene alguna sospecha, pregunte y haga lo que mas conviene á aquella ánima, y es el confesar una confesion general, si él quisiere hacerla.

Cuando el ánima se siente recogida, no debe el hombre dejar de decir misa por haber tenido polucion sin culpa; y aunque alguna livianilla conozca, con confesarse y dolerse de ello, será mejor decir misa; mas si está distraido y con feas imaginaciones de la polucion pasada, mejor es abstenerse, con que no sea muchas veces; porque si lo es, tráelas á él el demonio para este efecto, porque lo suele hacer; y cuando no hay la tal distraccion de esta ó de otra causa que venga ó parezca desacato decir misa, no se debe dejar; y así los que viven vida concertada y no dejan sus buenos ejercicios, dícenla aunque se sientan sin aquel fervor y llamamiento interior que S. Buenaventura dice que debe sentir el ánima para decir misa ó comulgar: él tenia este sentimiento, y así no decia cada dia misa.

Otros, con Zaqueo, reciben al Señor con alegría, y no les va mal de ello, porque á lo ménos no tornen atras, como experimentan tornar si la dejan; para quien se les pega algo de vano complacimiento de ser visto devoto en la misa, por mejor tengo refrenar la exterior devocion y lágrimas, y pedir al Señor se las guarde para la celda.

De salud me ha ido muy mal todo este ivierno, y me ha quitado el predicar muchos meses há; no sé si cesando los frios me irá mejor. El socorro de las misas y memoria que Vm. me hace, le pague nuestro Señor, y me dé gracia para que yo responda, siquiera como flaco, á hacer algo que parezca á lo de Vm. Quisiera saber cómo va en los negocios de nuestro Señor: el Padre nuestro Cristo, que es el dueño de ellos, sea favor de todos los que en ello entienden, y sea amor único de Vm.

CARTA IX.

A un discípulo sacerdote, sobre la mortificacion.

M. R. Padre y señor mio: Recibí la carta de Vm., y obró en mí lo que otras suyas, conviene á saber, hacimiento de gracias á nuestro Señor por los dones que le da, segun las palabras dan testimonio de lo que está en el corazon; y tambien obró en mí mucha confusion de haberme llamado maestro y padre del que ya pensaria hacerme nuestro Señor merced de acertar á ser su hijo y discípulo; y especialmente me confundió y aun penó venir en el fin de la carta, que habia muchas que me escribir, y que no lo hacia por guardar el decoro de oyente y discípulo. No es cosa que se puede llevar adelante, porque no es cosa que pierda yo por querer aprovechar á Vm.; y si de este arte lo ha de hacer, haráme oir y callar.

No sé si el otro dia le escribí se guardase de un yerro que he visto en algunas personas que se tienen por espirituales, y es despreciar los corporales trabajos y aflicciones tomadas por amor del Señor; y si lo escribí, no hay nada perdido en tornarlo á decir; y si no, es necesario escribirlo. Despues que la lumbre, Señor de nuestros ojos Jesucristo, vivió en este mundo en tantos trabajos y murió con tantos dolores, quedaron sus siervos tan hambrientos de padecer, que excede á la hambre que los hombres mundanos tienen de descansar; y no

solo se contentan de sufrir el trabajo que les viene, y mas el que es necesario para evitar que el hombre no caiga en algun pecado; ántes buscan todas las vias que pueden para poder hallar algun trabajo, y con él mostrar el amor que á Jesucristo penado tienen, como él lo mostró para con nosotros en los trabajos que pasó. Así como el tibio no querria trabajos, mas los que vienen súfrelos con paciencia por no ofender al Señor; así el ferviente amador de Jesucristo no querria descanso, y si alguno por fuerza ha de tomar, súfrelo con paciencia porque lo mandó Jesucristo: de manera que, así como el tibio tiene los consuelos en deseo, y el trabajo en paciencia, así el verdadero cristiano tiene el trabajo en deseo, y el descanso en paciencia.

Esto viene del espíritu de Cristo, que obra, donde perfecto está, lo que en el mismo Cristo obró, que fué amor de trabajos, para mas enseñar el amor; y de aquí es que, así como cuando consuelan á un tibio cuando le viene el trabajo, así á un cristiano cuando le viene el descanso; porque el uno sufre el trabajo y no le ama, y el otro sufre el descanso y no le ama; y esto es parte de lo que nuestro Señor Jesucristo nos dijo cuando nos mandó llevar la cruz, si queremos ser sus discípulos. Digo en parte, porque lo principal en que consiste la cruz es la muerte del parecer y voluntad propia y de las racionales pasiones, esto es, el hombre viejo, que ha de morir conforme al hombre viejo de Cristo, que murió en la cruz. ¿Cuál es este hombre viejo? El mortal y pasible cuerpo.

Muerto ha de ser en nosotros este hombre malo que he dicho; mas aunque este sea el principal llevar de cruz, no se ha de quitar lo que es tambien parte, aunque sea ménos principal; y aunque el apóstol S. Pablo dice (1, *Tim.*, 4): *Exercitatio corporalis ad modicum utilis est*; no quiere el siervo de Jesucristo dejar de agradarle ni aun en una cosa mínima; y porque no cayésemos en este error, dice en otra parte (1, *Corinth.*, 9): *Castigo corpus meum, et in servitutem redigo.* No entiendo yo esto que lo decia porque era tentado de carne (como algunos entienden el estímulo de que se queja); mas quísolo por cura preservativa, y trabajaba su cuerpo por no venir á enfermar (2. *ad Corinth.*, 4), contando los trabajos que pasaba: *Semper mortificationem Jesu Christi in corpore nostro circumferentes*; adonde llama mortificacion de Jesucristo, que es la misma cruz, á los corporales trabajos; y en otra parte dice (*Galat.*, 5): *Qui Christi sunt, carnem suam crucifixerunt.* Si quisiera entender solamente la crucifixion de los afectos, bastaba decir: *Cum vitiis et concupiscentiis*; mas diciendo *carnem*, con el mismo cuerpo lo há. Y esto lo explica muy bien el mismo Apóstol San Pablo (*ad Corinth.*, 6), adonde pone, entre las cosas en que se deben ejercitar los ministros, los corporales trabajos, como son ayunos y vigilias: de manera que todo el hombre ande en cruz, pues todo Cristo anduvo en ella.

El ánima, por la compasion y memoria de Jesucristo crucificado, y por mortificacion del viejo hombre que dejamos arriba dicho; el cuerpo, tambien en cruz, por corporales trabajos; porque así todo el hombre sea conforme con Jesucristo penado, pues ha de serlo con Jesucristo glorioso: *hæc dixi*; para que debe cada uno meditar las fuerzas que Dios le dió, y emplearlas en hacer y padecer todo cuanto pudiere, no solo mirando si es menester para otro buen fin, sino aunque no sea sino para ser conformes con Jesucristo trabajado, no por necesidad, sino por amor; aunque ni el cilicio ni pobre cama y semejables cosas, tomadas por amor de Jesucristo, nos salven, *sola enim crux Christi est salvifica*, mas á lo ménos sea imitacion de aquella extrema pobreza y aspereza de Cristo crucificado, lo cual no es de tener á poco, si no falta el amor de Cristo; *gloria enim magna est sequi Dominum. De hoc hactenus.* Otros dos puntos tenia pensado de escribir, y no hay tiempo; escribirlos he, porque no se me olviden, con condicion que me escriba lo que hay que enmendar sobre aquesto.

CARTA X.

A un sacerdote, sobre preparacion para celebrar.

M. R. Padre mio: Plega á nuestro Señor que la tardanza de mi respuesta sea recompensada con que sea verdadera y provechosa á Vm.; porque, segun la pregunta es de mucha importancia, tambien lo será la respuesta, si fuese tal como he dicho. Pregunta Vm. qué aparejo será el mejor ó qué consideracion mas provechosa para celebrar el santísimo Sacramento del cuerpo y sangre de nuestro señor Jesucristo; porque teme no le sea tornado en daño (por falta de aparejo) lo que de sí es tan provechoso.

Ya Vm. sabe ser diversas las complexiones de los cuerpos, y así ser diversas las inclinaciones de las ánimas, y tambien diversos los dones que reparte Dios, y á unos lleva por unos medios, y á otros por otros; y así no se puede dar regla cierta que á todos cuadre, de qué consideracion le sea mas provechosa para lo dicho. Esto es cierto, que aquello le será á uno mejor, que nuestro Criador y Redentor le diere y con que mas le moviere. Y quien tiene noticia (como en estas cosas se puede tener) que ni son de fe, ni hay evidencia de que su aparejo ó consideracion es impulso de Dios, no hay que buscar otra hasta que nuestro Señor la mude; y esto se ha de averiguar dando cuenta á persona que tenga de ello experiencia y prudencia, y asentar en aquello. Mas hay otros que no se sienten particularmente movidos á esta ó aquella consideracion; y para estos tambien es necesario que dén parte de su disposicion interior, para ver si han de menester ser llevados por consideracion de amor ó de temor, tristes ó alegres; y conforme á lo que hubieren menester, aplicarles el remedio.

Y porque creo, segun la relacion que de Vm. tengo, que la disposicion de Vm. es de persona aprovechada en la virtud, y que le está mejor ejercitarse en consideracion que le provoque á fervor de amor con reverencia, que á otras; digo que para este intento yo no sé otra mejor que aquella que nos da á entender que aquel Señor con quien fuímos á tratar, es Dios y hombre, y la causa por qué al altar viene. Cierto, señor, eficacísimo golpe es para despertar á un hombre, considerar de verdad: A Dios voy á consagrar, y á tenerlo en mis manos, y á hablar con él, y á recibirlo en mi pecho. Miremos esto, y si con espíritu del Señor esto se siente, basta y sobra para que de allí nos resulte lo que hemos menester, para que, segun nuestra flaqueza, hacer lo que en este oficio debemos.

¿Quién no se enciende en amor con pensar: Al bien infinito voy á recibir? Quién no tiembla de amorosa reverencia de aquel de quien tiemblan los poderes del cielo, y no de ofenderle, sino de alabarle y servirle?

Quién no se confunde y gime por haber ofendido á aquel Señor que presente tiene? Quién no confía con tal prenda? Quién no se esfuerza á hacer penitencia por el desierto con tal viático? Y finalmente, esta consideracion, cuando anda en ella la mano de Dios, totalmente muda y absorbe al hombre y le saca de sí, ya con reverencia, ya con amor, ya con otros afectos poderosísimos, causados de la consideracion de su presencia; los cuales, aunque no se sigan necesariamente de la consideracion, nos son fortísima ayuda para ello, si el hombre no quiere ser piedra, como dicen. Así que, señor, ejercítese Vm. en esta consideracion: haga cuenta que oye aquella voz (*Matth.*, 25): *Ecce sponsus venit, Deus vester venit;* y enciérrese dentro de su corazon, y ábralo para recibir aquello que de tal relámpago suele venir; y pida al mismo Señor, que por aquella bondad que tal merced le hizo de ponerse en sus manos, por aquella misma le dé sentido para saber estimarlo, reverenciarlo y amarlo como es razon. Importúnele que no permita él que esté Vm. en presencia de tan alta Majestad sin reverencia, temor y amor. Acostúmbrese á sentir lo que debe de la presencia del Señor, aunque otra consideracion no tenga.

Mire á los que están delante los reyes, aunque no digan nada, aquella mesura, reverencia y amor con que están, si están como deben. Mas mejor es pensar cómo están en la corte del cielo aquellos tan grandes en presencia de la infinita grandeza, temblando de su pequeñez y ardiendo en fuego de amor, como abrasados en el horno de él. Haga cuenta que entra él entre aquellos grandes y tan bien vestidos, tan bien criados, tan diligentes en el servicio de su Señor; y puesto en tal compañía y en presencia de tal Rey, sienta lo que debe sentir, aunque, como digo, no tenga entónces otra consideracion: quiero decir, que una cosa es saber hablar al Rey, y otra saber, aunque callando, estar delante del Rey, para estar como debe estar. Y esta union de su alma con nuestro Señor es la que debe tener en la misa colgada de él, como cuando está en la celda en lo mas íntimo de su corazon, unido con Dios; y de tal manera, que las palabras que lee no le distraigan de esta union; porque hallará en ella mas fruto que en las palabras, aunque se ha de tener cuenta con ellas; mas hase de acostumbrar, teniendo el corazon unido y presente á Dios, tener la atencion que conviene á lo que hace y dice.

¡Oh Señor, y qué siente una ánima cuando ve que tiene en sus manos al que tuvo nuestra Señora elegida, enriquecida en celestiales gracias, para tratar á Dios humanado, y coteja los brazos de ella, y sus manos, y sus ojos con los propios! Qué confusion le cae! Por cuán obligado se tiene con tal beneficio! Cuánta cautela debe tener en guardarse todo para aquel que tanto le honra en ponerse en sus manos, y venir á ellas por las palabras de la consagracion! Estas cosas, señor, no son palabras secas, no consideraciones muertas; sino saetas arrojadas del poderoso arco de Dios, que hieren y trasmudan el corazon, y le hacen desear que en acabando la misa se fuese el hombre á considerar aquella palabra del Señor (*Joann., cap.* 13): *Scitis quid fecerim vobis?* ¡Oh Señor, quién supiese *quid fecerit nobis Dominus* en esta hora! Quién lo gustase con el paladar del ánima! Quién tuviese balanzas no mentirosas para lo pesar! Cuán bienaventurado sería en la tierra! Y cómo en acabando la misa le es gran asco ver las criaturas, y gran tormento tratar con ellas, y su descanso sería estar pensando *quid fecerit ei Dominus*, hasta otro dia que tornase á decir misa!

Y si alguna vez diere Dios á Vm. esta luz, entónces conocerá cuánta confusion y dolor debe tener cuando se llega al altar sin ella; que quien nunca lo ha sentido, no sabe la miseria que tiene cuando le falta. Junte Vm. á esta consideracion de quién es el que al altar viene, el por qué viene, y verá una semejanza del amor de la encarnacion del Señor, del nacimiento, de su vida y de su muerte, que le renueve lo pasado; y si entrare en lo íntimo del corazon del Señor, y le enseñare que la causa de su venida es un amor impaciente, violento, que no consiente al que ama estar ausente de su amado, desfallecerá su ánima en tal consideracion.

Mucho se mueve el ánima considerando: A Dios tengo aquí; mas cuando considera que del grande amor que nos tiene, como desposado que no puede estar sin ver y hablar á su esposa ni un solo dia, viene á nosotros, querria el hombre que lo siente tener mil corazones para responder á tal amor, y decir como S. Agustin: *Domine, quid tibi sum, quia jubes me diligere te? quid tibi sum?* ¡Qué tanto deseo tienes de verme y abrazarme, que estando en el cielo con los que tan bien te saben servir y amar, vienes á este que sabe muy bien ofenderte y muy mal servirte! ¡Que no te puedes hallar, Señor, sin mí, que mi amor te trae! ¡Oh, bendito seas, que siendo quien eres, pusiste tu amor en un tal como yo! ¡Y que vengas aquí con tu real persona, y te pongas en mis manos, como quien dice: Yo morí por tí una vez, y vengo á tí para que sepas que no estoy arrepentido de ello; mas si fuese menester, moriré por tí otra vez! ¿Qué lanza quedará enhiesta en tal recuesta de amor? ¿Quién, Señor, se absconderá del calor de tu corazon, que calienta el nuestro con su presencia, y como de horno muy grande saltan centellas á lo que está cerca? Tal, Padre mio, viene el Señor de los cielos á nuestras manos, y nosotros tales lo tratamos y recibimos.

Concluyamos ya esta plática tan buena y tan propia de ser obrada y sentida, y supliquemos al Señor que nos hace una merced, nos haga otra, pues dádivas suyas, sin ser estimadas, agradecidas y servidas, no nos serán provechosas. *Imò*, como S. Bernardo dice, que el ingrato *eo ipso pessimus, quo optimus.* Miremos todo el dia cómo vivimos, para que no nos castigue el Señor en aquel rato que en el altar estamos, y traigamos todo el dia este pensamiento: Al Señor recibí, á su mesa me asiento, y mañana estaré con él; y con esto huirémos todo mal, y esforcémonos al bien; que lo que se hace fuera del altar suele el Señor galardonarlo allí. Y para concluir, digo que se acuerde Vm. que se quejó el Señor, de Simon, porque entrando en su casa no le dió agua para sus piés, ni besó en su faz; para que sepamos que quiere de la casa do entra que le dén lágrimas por los pecados á los piés de él, y amor que hace dar beso de paz.

Esta dé á Vm. nuestro Señor con el mismo Señor y con sus prójimos, que nazca del perfecto amor, el cual aquí le atormente por las ofensas que él y otros hacen al Señor, y en el cielo le haga gozar, teniendo el bien de Dios por propio y mas que propio, amando á él mas que á sí mismo: por cuyo amor pido á Vm. que si algo ó mucho va en esta carta que haya menester enmienda, me la envie, y por lo bueno dé gracias á nuestro Señor, y se acuerde de mí cuando en el altar estuviere.

CARTA XI.

Para un mancebo, sobre eleccion de estado sacerdotal.

Recibí la carta de Vm., y leí todas las señas que para su conocimiento me da. Bien parece que no conoce los corazones, pues piensa que le tengo olvidado: gracias á nuestro Señor que no lo ha permitido; mas hame hecho merced de darme particular memoria de vuestra religiosa persona, y cuidado entrañable de os aprovechar en lo que pudiese. Vi tambien la relacion de vuestros ejercicios y vuestros combates de ultramar y de esta parte del mar sobre que tomeis sacerdocio; y paréceme bien que estéis en ello dudoso, temiendo carga tan grande; y mejor me pareceria que tan grande y tan santa os pareciese, que del todo huyésedes de ella; porque en otros tiempos, cuando se estimaba el sacerdocio en algo de lo mucho que es, no lo recibia nadie sino era para ser obispo ó tener cura de ánimas, ó alguna persona eminente en la predicacion de la palabra de Dios; y los demas que eran eclesiásticos, quedábanse en ser diáconos ó subdiáconos, ó de los otros grados mas bajos, y entónces tenian grados bajos y vida altísima: todo lo cual está agora al reves; que los que tienen el grado supremo del sacerdocio, no tienen vida para buenos lectores ó ostiarios.

Creed, hermano, que no otro sino el diablo ha puesto á los hombres de estos tiempos en tan atrevida soberbia de procurar tan rotamente el sacerdocio, para que, teniéndolos subidos en lo mas alto del templo, de allí los derribe; que la enseñanza de Cristo no es esta, sino hacer vida que merezca la dignidad, y huir de la vanidad, y buscar mas santa y segura humildad, aun en lo de fuera, que ponerse en lo alto, adonde mas y mayores vientos combaten. ¡Oh si supiésedes, hermano, qué tal habia de ser un sacerdote en la tierra, y qué cuenta le han de pedir cuando salga de aquí! No se puede explicar con palabras la santidad que se requiere para ejercitar oficio de abrir y cerrar el cielo con la lengua, y al llamado de ella venir el Hacedor de todas las cosas, y ser el hombre hecho abogado por todo el mundo, á semejanza de como lo fué nuestro Maestro y Redentor Jesucristo en la cruz.

Hermano, ¡para qué os quereis meter en tan hondo peligro, y obligaros á cuenta tan estrecha para el dia postrero, pues por bajo estado que tengais, aun parecerá aquel dia gran carga, cuanto mas si os cargais de carga que los hombros de los ángeles temblarian de ella! Buscad aquel modo de vivir que mas segura tenga vuestra salvacion, y no que mas honra os dé en los ojos de los hombres; que al fin este consejo os ha de parecer bien algun dia á vos y á cuantos el contrario os dijeren, los cuales, como no saben qué es ser sacerdote, y como tienen los ojos puestos, no en la cuenta que se ha de pedir, sino en cómo vean un poco honrado en los ojos de los del mundo á su hermano, primo, pariente ó amigo, meten al pobre en lazo tan temeroso, y paréceles que quedan ellos en salvo, y que el otro allá se lo haya con Dios. Consejo es, hermano, este, averiguadamente de carne ó malicia, y de aquí vienen muchos á tomar y hacer tomar este sacrosanto oficio por tener un modo con que mantenerse, y hacerse entender que lo quiere para servir á Dios.

¡Oh abusion tan grande de evangelizar y sacrificar por comer, y ordenar el cielo para la tierra, y el pan del alma para el del vientre! Quéjase de esto Jesucristo nuestro Redentor (*Joann., cap.* 6), porque no le buscan por él, sino por el vientre de ellos; y castigarles ha como á hombres despreciadores de la Majestad divinal. Cierto, mejor sería aprender un oficio de manos, como muchos santos de los pasados lo hicieron, ó entrar á un hospital á servir á los enfermos, ó hacerse esclavo de algun sacerdote, y así mantenerse, que con osadía temeraria atreverse á hollar el cielo para pasar á la tierra, estándonos mandado por nuestro Dios y Señor al contrario.

Veis aquí, hermano, lo que os aconsejo que hagais si quereis agradar á Dios y permanecer en su santo servicio; y esto es lo que siento del santo sacerdocio, al cual querria mas que reverenciásedes de léjos, que no abrazásedes desde cerca, y que quisiésedes mas esta dignidad por señora, que por esposa; y si algo hubiéredes de hacer, sea tomar grado de epístola, y despues de dos ó tres años, de evangelio; quedáos allí, si no hubiere unas grandes conjeturas del Espíritu Santo, que es Dios servido á levantaros al grado mas alto, y estáis muy bien donde estáis sin blanca de renta, mucho mejor que en Roma con cuanto tiene el que os convida con ella. Sabed conocer la dignidad de los enfermos á quien servis, y sabed llevar las condiciones de aquellos con quien tratais, y haced cuenta que estáis en escuela de aprender paciencia y humildad y caridad, y saldréis mas rico que con cuanto el Papa os puede dar. Cristo sea en vuestro amor y bienaventuranza. Amen.

CARTA XII.

A un sacerdote, sobre el agradecimiento que debemos á Dios.

Pues que por la gracia de Jesucristo es Vm. sacerdote, asaz tiene en qué entender para dar buena cuenta de oficio tan alto y tremendo, aun para hombros de ángeles: estime mucho este misterio, agradezca esta merced, y esta consideracion le sea bastante á recogerle cuando estuviere distraido, y á ponerle espuelas cuando se viere flojo; y así se enseñoree de su corazon esta merced, que por ella se tenga por muy obligado á servir con gran diligencia al Señor, y le ponga gran cuidado para así ejercitar oficio tan soberano, que agrade á los ojos del que se lo dió. Sea pues la primera regla de su vida esta: que en recordando de noche, del sueño, le parezca que oye en sus orejas aquella voz (*Matth.*, 25): *Ecce sponsus venit, exite obviam ei*; y pues el haber de recibir á un amigo, especialmente si es gran señor, tiene suspenso y cuidadoso al que lo ha de recibir, ¿cuánto mas razon es que del todo nos ocupe el corazon este huésped que aquel dia hemos de recibir, siendo tan alto y tan á nosotros conjunto, que es adorado de ángeles y hermano nuestro? Y con esta consideracion rece sus horas, y despues póngase de reposo y despacio, á lo ménos por hora y media, á mas profundamente considerar quién es el que ha de recibir, y espántese de que un gusano hediondo haya de tratar tan familiarmente á su Dios, y dígale: Señor, ¿quién te ha traido á manos de un tal pecador, y otra vez á diestro portal y pesebre de Belen? Acuérdese de S. Pedro, que no se halló digno de estar en una navecica con el Señor. El Centurion no le osa meter en su casa; y otras semejantes consideraciones, por las cuales aprenda á temer hora y obra tan terrible, y á reverenciar á tan gran Majestad: piense que esto es un

traslado de aquella obra, cuando el Padre eterno envió á su Hijo al vientre virginal para que salvase el mundo; y de la vida y muerte del Señor; y así viene agora á aplicarnos la medicina y riquezas que entónces nos ganó en la cruz, y aplicarnos aquella paga.

Acuérdese de este misterio de la pasion y muerte del Señor, y agradézcasela. Luego presente delante su Majestad los pecados que toda su vida ha hecho en general, y particularmente las pasiones y defectos que de presente tiene; y como enfermo que enseña sus llagas al médico, pídale conocimiento y salud para ellas. Luego ofrezca al eterno Padre este sacrificio, que es su Hijo, por las personas particulares que tiene obligacion, y por la Iglesia católica, acordándose de cómo se ofreció el Señor en la cruz por todo el mundo; y pídale una poquita de aquella encendida caridad, para que el ministro sea conforme con el Señor: luego suplique á nuestra Señora, por el gozo que hubo en la encarnacion, que le alcance gracia para bien recibir y tratar al Señor que ella recibió en sus entrañas, y diga la oracion: *Deus, qui de beatæ Mariæ Virginis utero,* acordándose de la encarnacion; y pida gracia al mismo Señor para lo mismo, diciendo: *Deus, qui corda fidelium;* y lea algo que hable de este santísimo Sacramento, así como *Contemptus mundi,* en el cuarto libro, ó otros si hallare; mas si con la oracion estuviere muy recogido y devoto, no cure de leer. La misa se dirá el lúnes por las ánimas del purgatorio; mártes y miércoles por quien quisiere ó fuere encargo; juéves, viérnes, sábado y domingo por la reformacion de las costumbres de la Iglesia. Acabada la misa, recójase media hora ó una hora, y dé gracias al Señor por tan gran merced de haber querido venir á establo tan indigno. Pídale perdon del ruin aparejo, y suplíquele le haga mercedes, pues suele dar gracia por gracia. Es buen ejercicio acordarse de algun paso del Evangelio, donde el Señor hizo algun beneficio, así como cuando sanó al leproso y libró á los discípulos de la tempestad del mar, comenzando un evangelista desde el principio; y rumiar cada dia despues en un paso, y suplicar al Señor, que está dentro de nos, que haga la misma merced en nuestras ánimas, pues hay la misma necesidad.

Desde aquel tiempo hasta comer, puede leer algo y rezar las horas que faltan; despues de comer y dormir rezará sus horas, y luego leerá un poquito brevemente y tendrá una poca de oracion, acordándose de cómo el Señor ha sido aquel dia su huésped; y despues haga algun ejercicio corporal, sin que se canse, porque no ahogue el espíritu de la devocion, ó en algun huertecico, ó escribiendo algo, ó cosa semejante, hasta hora de vísperas; y entónces dígalas, y despues lea un rato; y si hubiere algun enfermo que visitar, ó si fuere menester irse al campo, ó visitar alguno para provecho del ánima, entónces se haga. A la noche ha de haber otro espacio de hora y media, como el que se dijo, en que se entienda en rezar completas y leer un poquito, especialmente si estuviere indevoto, y luego pensar en la hora de la muerte y en el juicio de Dios; y haciendo cuenta que estamos delante de él y que el cuerpo está echado en la sepultura, acusarnos general y particularmente de lo pasado lo uno, y de lo presente lo otro; mirar lo que el Señor con nos ha hecho, y cuán mal se lo hemos servido, y examinarnos allí con verdadero exámen, á intento de conocer cuán defectuosos somos, y conocer las raices de nuestras pasiones muy de verdad; que sin este conocimiento no es cierto el edificio. Y aunque de esta consideracion no se saque tanta devocion como de otras, no por eso es de ménos valor; porque no por desabrido es peor. Puede el hombre pensar que es esclavo y obligado á servir con diligencia á su señor, conforme á los de los talentos, y como quien entra en capítulo; y examinarse bien, como quien está en el artículo de la muerte, segun se ha dicho.

¡Qué grande mal es no pensar primero lo que cierto ha de pasar por nos! (*Eccles.*, 18.) *Ante judicium interroga te ipsum, ait Sapiens.* Tambien es buen pensamiento pensar en la muerte propia y de todos, mirar todas las cosas como acabadas ya, y los hombres como montes de tierra y huesos, y considerar que solo Dios es el que ha de ser nuestro arrimo; y tener en poco todo lo visible. Los libros en que ha de leer por agora, son estos: la Glosa ordinaria, el Nuevo Testamento, y esto despues de vísperas; y en los otros ratos que he dicho de leer, han de ser: *Contemptus mundi*, Casiano y á San Juan Clímaco, Morales de S. Gregorio; y este leer no hasta cansar, sino para levantar el corazon: Meditaciones *Augustini et Bernardi.* El pensar, ha de ser sin cansarse la cabeza; y en sintiendo que se cansa, sosegarse; y si puede estar de rodillas toda la hora y media, es mejor; y si no, esté hasta que se canse; y si puede estar dos horas en el dicho ejercicio, es mejor. Bueno es descansar el pensamiento con una sencilla atencion á Dios, especialmente despues que hubiere pensado el dicho rato; porque alguna vez suele el Señor darnos entónces mas que cuando hemos toda la noche trabajado nosotros con nuestro pensamiento. Juéves y viérnes es bien dormir en alguna tabla, por acompañar al Señor, que padeció en aquellos dias. Propia voluntad nunca en sí la consienta en poco ni en mucho, y sea Jesucristo crucificado su espejo y dechado, con el cual trabaje por se conformar.

CARTA XIII.

A un sacerdote enfermo, sobre la paz y fortaleza del cristiano.

Alguna razon teniamos para desatinar en los acaecimientos que suceden, si no mirásemos aquel tan verdadero tino, Dios, que ninguna cosa hace ni hacer puede que muy bien hecha no vaya; y quien tras este tino atina, nunca desatina; porque el crédito que Dios sabe lo que hace, y que lo hace por nuestro bien, lo conserva en paz, sin sentir aquéllos grandes alborotos y desasosiegos que los que á su propio parecer miran y sienten, los cuales quieren medir el altura del cielo con pequeña vara, y la anchura de él con chico palmo, cuando piensan escudriñar los altos y ocultos juicios de Dios, que sobre nosotros hace; y esto por su flaca y poco sabia razon, que para las cosas de Dios es como ojos de lechuza para los claros rayos del sol: de manera que la paz en el creer está, no en el escudriñar; en el obedecer con simpleza lo que Dios envia, no en pensar que otra cosa fuera mejor; en ser regido, no en regir; en seguir, los ojos cerrados, tras esta luz divina, que errar no puede, no en tenerlos abiertos á escudriñar lo que alcanzar no podemos y lo que nos hace verdaderamente ciegos, consistiendo nuestra luz en seguir la divina. Esta es la carrera que S. Pablo desea que todos tengamos cuando dice (*ad Rom.*, 15): *Deus autem spei repleat vos omni gaudio, et pace in credendo, ut abundetis in spe et virtute Spiritus Sancti.* Dice Dios de esperanza, porque habia dicho ántes: *Erit radix Jesse, quæ exurget regere gentes, in ipsum gentes sperabunt;* y pues para esto vino al mundo, para que muriendo por nosotros nos enseñase su amor, razon es que se llame Dios de esperanza, pues tambien se llama Dios de amor, y el mismo amor, *quia Deus charitas est;* y no hay cosa que mas nos levante á esperar, que el ser amados de Dios; y no hay señal tan clara de este amor, cuanto es de su parte, como el haber dado por nosotros su vida.

Pues este Dios de esperanza, dice S. Pablo, os hincha de paz y gozo, no en escudriñar lo que hace, mas en creer con simplicidad que él es la verdadera sabiduría de los que en este destierro vivimos; y los que de esta manera le creen y aman, abundan en esperanza y fortaleza de Espíritu Santo; porque miéntras uno ménos discierne, y mas se fia y ama, mas esperanza le crece; porque cree que miéntras mas á ciegas se arroja en Dios, tanto mas seguro está; porque, como S. Agustin dice, no es Dios tal, que, arrojándonos en él, hurte el cuerpo y nos deje caer; que los que caen es porque no se osan arrojar en Dios, queriendo mas vivir en su voluntad y parecer, que les parece luz y razon, que en el de Dios; y de esta esperanza amorosa que del echarse en Dios nace, procede la fortaleza; porque no hay cosa mas flaca que quien tantea su vida por su parecer, ni mas fuerte que quien no cuidando del suyo, se somete al de Dios. El uno á cada paso se queja; el otro nunca. El uno á cada paso ve qué temer y qué le descontente, porque lleva sus ojos abiertos mirando acá y acullá; el otro, como no tiene ojos, no se espanta, mas muele muy buena harina, andando al rededor de su centro, Dios, cuyo saber y bondad cree ser tanta, que basta saber y querer regir á los suyos.

Todo esto he dicho, carísimo Padre, por acordaros que no os turbe vuestro seso la enfermedad que el Señor os ha enviado para su gloria y prueba de vuestra obediencia, la cual agrada mas á su divina Majestad que las víctimas y sacrificios, segun fué dicho al desobediente rey Saul. No tanteis lo que hiciéredes estando sano; mas cuánto agradáreis al Señor con contentaros con estar enfermo; y si buscais, como creo que buscais, la voluntad de Dios puramente, ¿qué mas se os da estar enfermo que sano, pues que su voluntad es todo nuestro bien? Mirad que la enfermedad en el cuerpo es: guardad mucho no pase al ánima, pues para salud del hombre, de dentro aflige Dios al de fuera; y entónces no pasa, cuando el ánima no se descontenta de lo que el cuerpo padece, ántes se ofrece á la voluntad de Dios, sacando salud de la enfermedad. Creedme, Padre, que así cria Dios á sus hijos, quitándoles al mejor tiempo el sabor de la boca, para que aprendan en todo y por todo ser desnudos de sí y estar prontos á volverse acá y acullá á la voluntad de él; y aunque duele este despegar de nos nuestras afecciones, no mira nuestro piadoso Padre á lo que nos es mas sabroso, mas á lo que nos es provechoso; y así saca él á sus hijos de entre pañales, como dicen, porque hasta que esté uno todo desnudo de sí y vestido del querer de Dios, muy niño es, y como niño se enoja y se huelga, llora, rie y teme y espera á cada paso; la cual edad es penosa cosa para vivir muchos dias en ella, y aun peligrosa, porque es maldito el niño de cien años: por lo cual, aunque el santo Isaac (*Cap.* 65) fuese hijo de prometimiento divino, y su mismo nombre quiere decir gozo ó risa, no empero leemos que su padre Abrahan hiciese fiesta de alegría cuando le nació el alegría, mas cuando entristeció á su alegría, que fué cuando destetaron á su hijo; que suele ser un paso bien triste para los niños. Mas por allí conviene pasar á los que en Cristo nacen, para que, probándolos Dios con una cosa y otra, dándoles acíbar, que son cosas contra la voluntad de ellos, los haçe varones que coman, no leche de consuelos ni cumplimientos de su voluntad, mas pan duro de perfecta obediencia.

CARTA XIV.

A un sacerdote, sobre la oracion.

Esfuerce Cristo á Vm. para que no falte al servicio de él, pues todo nuestro bien, en serle leales está. Trabajo es mirar uno por sí solo, y mas que doblado, por sí y por otros; y pocos hay que sepan cumplir con estas dos partes, que no defrauden á alguno, segun cada uno se aficiona mas ó ménos. Parece tan dura cosa á quien se mira entender en lo que al prójimo toca, que del todo se le quita la gana viendo sus necesidades presentes, á las cuales le parece ser mas y primero obligado; y hay otros que, viendo algun provecho que hacen en los otros, se olvidan de sí, y estos corren mayor peligro. Lo que yo de Vm. deseo es, que así como nuestro soberano Maestro la noche de su pasion se levantaba de orar, é iba á visitar sus discípulos, y de ellos tornaba á la oracion, mezclando la una vida con la otra, así Vm. lo haga, no descuidándose de lo uno por lo otro; y bien veo cuán pesada es esa carga que á cuestas tiene, y cuán templado y armado conviene andar para que á ellos aproveche y á sí no se dañe; mas la dificultad de la obra no ha de ponernos desesperacion, mas mayor cuidado y vigilancia, como para cosa que mas lo ha menester.

Grande es la flaqueza que en nuestros dias se usa, donde apénas hay hombre de los que dicen que sirven á Dios, que ponga hombros á cosas dificultosas: todo lo queremos á nuestro sabor, y que lo que decimos sea luego tomado; y siendo nosotros en muchas cosas flaquísimos, espantándonos mucho de flaquezas ajenas, blandos en las nuestras, airados en las ajenas, habiendo de ser al contrario, la paciencia en las ajenas y el celo ferviente contra nosotros, sudores de muerte se han de pasar algunas veces en los negocios de Dios, y su siervo ha de estar como insensible, sufriendo y llamando al Señor. Longánimo y magnánimo le conviene ser al que en Dios espera y contra el demonio pelea; porque los otros ó se tornan del camino, ó andan tan flojos y con tantas caidas, que es como si no anduviesen. Pase Vm. con su cruz, é invoque al Crucificado que por las ánimas murió; y crea que no las tiene olvidadas, por mucho que las deje padecer; mas quiere él que nos cuesten algo á nosotros, por hacernos merced de tomarnos por ayudadores en obra tan alta, y galardonarnos como el Padre hizo á él. Suya es la obra, ministros suyos somos nosotros, y quiere experimentar nuestra fe, caridad y paciencia, con que no veamos luego el provecho que deseamos, y así hacernos merced, y no poca, aun cuando parece que no nos oye.

Lo que Vm. debe á esa gente desconsolada decir es, que tomen los diez mandamientos de Dios y los cinco de la Iglesia, y los guarden, y con estos se salvarán; y si

mas quisieren hacer, sea en buen hora, con que no piensen que si les sucede faltar, que por eso están perdidas; que casi todo el mal les viene de ser deseosas de devocion y sentimientos, y en esto piensan que está su salvacion; y si tanto hincapié hiciesen en la guarda de los mandamientos de Dios, como en esotras cosas, mejor les iria; porque saldrian con ello y tendrian paz. Déselos Vm. por escrito, y dígales que piensen en aquello, é irles ha bien. Y si orar quieren, háganlo, con condicion que piensen que van á obedecer á Dios, que manda orar aunque no saquen consuelo ninguno. Lean y recen sus oraciones vocales, pensando en aquello que rezan ó en aquello á que rezan, y tengan ojo á la guarda de los mandamientos, y aprendan á tener en merced á Dios, que les dé gracia para los cumplir; y si alguna vez resbalaren, vayan al remedio del corazon contrito y humillado, y crean que la sangre de Jesucristo limpia nuestros pecados; y confesando, estén sosegadas; no quieran llevar esto por fuerza, pues la santidad es dádiva de Dios; hagan como muchas personas buenas, que se contentan con guardar la ley del Señor con una sana voluntad, sin suspirar devociones: cuando el Señor otra cosa quiera, él despertará. Vm. me encomiende á Dios; que yo así lo hago por Vm.

CARTA XV.

A un sacerdote, sobre el agradecimiento á los favores de Dios.

Si las flores de los buenos principios que Dios en el ánima de Vm. ha producido por su misericordia, le consuelan y dan contentamiento, como por su carta dice, ¿qué sería si Vm. se atreviese á andar un poco mas lijero por el camino de Dios, para que su misericordia tuviese ocasion de, como ha producido flores, producir frutos? Creo encontraria Vm. con tales cosas, que dejaria el cántaro, como la Samaritana, por mejor gozar del agua viva que Cristo da, de la cual quien bebe, nunca mas ha sed, porque se hace en el vientre una fuente de agua viva que da saltos hasta la vida eterna: entónces, señor, se quitarian de gana los deseos de las prosperidades de esta vida, y ántes serían aborrecidas que amadas, como cosa que estorba el gusto de las cosas divinales, y cuyos cuidados ahogan la palabra de Dios.

Gran verdad dijo aquél santo Pontífice que hablaba lo que sentia: *Gustata carne, desipit spiritus; ita, gustato spiritu, desipit omnis caro*; y en otra parte: *Non habet in terra quod amet, qui donum Dei in veritate gustavit.* Entónces vienen al hombre juntamente gozo y dolor; porque aquel nuevo vino que Dios le da á beber, le embriaga con su dulcedumbre y le hace despreciar todo lo visible; y considerando cuánto tiempo ha carecido de él y bebido de los rios de Babilonia y vanidad de este mundo, no puede dejar de decir y llorar con S. Agustin: *Sero te cognovi pulchritudo tam antiqua: sero te cognovi pulchritudo tam nova: væ cæcitati illæ, quando non te cognoscebam: væ tempori illi, quando non te amabam!* Y aunque él lloraba porque no habia conocido á Dios por fe, andando envuelto en errores; mas si nosotros nos contentamos con conocer á Dios por fe, y no lo conocemos por la noticia experimental que del amor nace, y segun las conjeturas humanas se puede tener, tambien tendrémos por qué llorar como él, y decir: ¡Ay del tiempo cuando no te amaba!

Este sentimiento de la pérdida del tiempo pasado es una gran señal que Dios entra en el ánima; porque con la luz se ven las tinieblas, y con el amor es condenada la tibieza, y con los celestiales conocimientos la sabiduría mundana. Job era gran siervo de Dios, aun cuando estaba en su prosperidad, y creció tanto en el ánima con la tribulacion corporal, que dijo: *Auditu auris audivi te, nunc autem oculus meus videt te, idcirco ago pœnitentiam in favila et cinere* (*Job*, 42). Muy gran diferencia va, señor, cuando Dios nos da lumbre del cielo para conocer (aunque á nuestro modo) quién es el bien sumo al cual hemos ofendido ó no servido como debiamos, á cuando lo miramos con la pequeña candelilla de nuestra propia lumbre; porque cuanto excede el cielo á la tierra, tanto va de la inspiracion del Espíritu Santo, que nos alumbra y ayuda á hacer penitencia, á la que es de nuestra cosecha. Y si Vm. quiere saber qué cosa es andar la mano de Dios por el ánima; si quiere beber en la tierra una gotilla del vino del rio del deleite de Dios; si quiere llegarse á ver la vision de cómo Dios está en la zarza, y no se quema la zarza aunque arda, no aguce tanto el ingenio para inquirir, cuanto el afecto para lo purificar. Mas valen para esto amargos gemidos salidos del corazon, que sutiles razones ni libros. Arrójese á los piés del Señor crucificado, como hombre culpado, ignorante, y que no ha sabido darle contentamiento, aunque ha gozado de muchos bienes que la divina liberalidad le ha dado. Ensalce cuanto pudiere la divina bondad, y cuente uno por uno los beneficios que le ha hecho en cuerpo y ánima desde que le crió, y cuente entre ellos, que no siendo él digno de servirle de mozo de cocina, le dió en su casa tan honrado lugar de sacerdote suyo.

Mire bien cómo ha respondido á estas y otras mercedes, y conjure á la divina misericordia, que por aquellas entrañas con que le ha hecho tantas mercedes, por las mismas dé el conocimiento y agradecimiento de ellas, y el servicio correspondiente á ellas. Quéjese Vm. mucho de su propia ingratitud, condene su tibieza en que ha vivido, arda en su corazon el celo de la honra de Dios, y vénguese de sí mismo por haber preciado poco al que le precio tanto, que se puso en una cruz por él; y si estas cosas no le movieren el corazon, téngase no por hombre de carne, sino por corazon de piedra, y confúndase mucho, y gima á Cristo; porque teniendo él su corazon sacratísimo y limpísimo abierto con lanza, y manó de él sangre y agua en remision de nuestros pecados, no se hiera y abra nuestro corazon con la lanza de su amor, y salga de nuestro corazon la podre y hedor de nuestras malas y vanas afecciones que en él están encerradas. ¡Oh infelice de aquel que no es herido con la lanza, clavos y espinas del Señor, y se queda malsano y sobresano, y tiene lo de dentro podrido, segun dijo el Señor al otro obispo (*Apoc.*, 3): *Nomen habes quod vivas, et mortuus es!*

Despertemos, señor, despertemos ántes que nos tome la muerte durmiendo, y metamos la mano en lo mas íntimo de nuestro corazon, y escudriñémoslo con candelas; porque el juicio de Dios desde allí ha de comenzar, como de lugar de su morada: *Incipite à sanctuario meo*, dijo él á Ecequiel (*Cap.* 9). Miremos adonde mira nuestro corazon, y si no mira al norte, que es Dios, gimamos, y temamos, y pidamos (*Salm.* 118): *Averte oculos meos ne videant vanitatem.* Porque ¿qué cosa es todo lo que está debajo del sol, sino vanidad? Y qué son los

que estas cosas aman, sino vanos como las cosas que aman? (*Isai.*, 59.) *Et telas araneæ texuerunt, quæ non proderunt eis in vestimentum, nec operientur operibus suis.* El corazon, señor, á Dios: *oculi mei semper ad Dominum* (*Salm.* 24). Deje á los vanos seguir sus vanidades; que ellos y ellas perecerán; pásese á la region de la verdad, que ha de durar para siempre, y acuérdese que cuando el Juez soberano se sentare en su silla y juzgare segun la verdad, aprobará por mejor el lloro que la risa, y la penitencia mas que el regalo, y las temporales necesidades con paciencia llevadas, que las consolaciones que tienen los ricos, á los cuales dijo (*Luc.* 6): *Væ vobis!* Y entónces se holgará uno de no haber tenido muchos á su cargo de quien le sea pedida cuenta; porque verá que tiene harto que hacer en darla de sí; y en fin, parecerá mas cuerdo quien emplea su vida y cuidado en purificar su ánima y ser amador de Dios, que el que se descuidó de esto, y puso su mayor cuidado en otras cosas que se le antojaron.

Y pues nuestro Señor ha comenzado á abrir los ojos á Vm., tiene por qué gozarse por la nueva merced; mas tiene por qué temer, si no la sabe conocer y acrecentar. Pase adelante, señor, pase adelante, y sabrá qué es aquello que está escrito (*Prov.*, 4): *Ducam te per semitas æquitatis: quas, cum ingressus fueris, non arctabuntur gressus tui, et currens, non habebis offendiculum*; y si quisiere correr por los hermosos caminos de Dios, no vaya muy cargado de tierra; que cuanto mas dejare por Dios, tanto él mas le dará de su gracia; y cuanta mas gracia, mas correrá; y miéntras mas corriere, mas gana le dará de dejar mas por poder mas correr; porque si el que halla el tesoro escondido en el campo vende cuanto tiene por lo comprar, ¿qué hará quien encuentra con el dulcísimo maná abscondido de la dulcedumbre de Dios, sino por comer de él con entrambos paladares, ayunar de todo lo demas de la tierra, y decir con sus entrañas (*Apoc.*, *cap.* 2, *salm.* 72): *Quid mihi est in cœlo? Et à te quid volui super terram? Defecit caro mea et cor meum: Deus cordis mei, et pars mea Deus in æternum?* ¡Oh parte rica! oh parte que es todo, al cual comparado todo, es como grano de mijo á la grandeza del cielo! ¿Y quién es aquel que contigo no se contenta, y que no desea estar desnudo para que tú seas su vestidura? Pobre, para que tú seas su riqueza? Y si hicieren burla de él porque vendió cuanto tenia por comprar aquel campo, él llorará de compasion de los otros, y se gozará de haber hecho tal trueco, que dejó muchas cargas para mejor seguir á Dios, y compró una perla, que sola ella vale mas que lo que dejó y que todo el mundo.

Añada Vm. alguna poca de mas penitencia á la que hacia, ore mas, limosnas mas, cuidado sobre su corazon, obras y lengua, y de esta se guarde como del demonio, y téngala atada como á bestia fiera, dañosa, y no la suelte á hablar sino con grande acuerdo; y encomendándose á Dios, agradezca lo que le ha nuestro Señor dado, para que se haga capaz de mas. Sea el altar su deseo, su gozo y descanso, como el nido para el pájaro; y el Señor, que es fiel, acabará lo comenzado, y le dará aumento de gracia; y cada dia le sea mas agradable, y su vida mas meritoria y á los prójimos mas provechosa, y pare en ganar aquella vida que sola es vida, y digna de perder mil vidas por la ganar. El señor Jesus, que con su muerte nos la ganó, dé á Vm. fuerzas, para que, holladas todas las cosas, á él solo ame, y todos por él; y por su amor le pido se acuerde de este su servidor en sus oraciones y santos sacrificios; que yo, segun mi flaqueza, lo mismo hago por Vm. algun dia: estoy agora para predicar: gracias á Dios.

CARTA XVI.

Para un discípulo suyo de la compañía de Jesus, estando cercano á la muerte, sobre la confianza en Jesucristo.

La gracia del Espíritu Santo sea con Vm. siempre. Aunque acá se dice que está Vm. de camino para la tierra de los vivos; que puedo pensar que cuando esta se escribe, por ventura Vm. estará gozando ya de los dulces abrazos del todo dulce Jesus; todavía me pareció escribir á Vm. dándole la enhorabuena de su promocion á la prebenda de la celestial Jerusalen, donde sin cesar es Dios alabado y visto faz á faz. Vaya enhorabuena, carísimo padre, vaya enhorabuena á ver todo el bien y poseerlo eternalmente. Vaya enhorabuena al seno del celestial Padre, donde él recibe á sus corderos con gloria, á los cuales aquí apacentó con su gracia, y corrigió con su disciplina. Agora, Padre mio, verá la merced que Dios le hizo en llamarlo para la vida religiosa, y darle gracia para que, despreciando el mundo, le siguiese á él por el camino de la cruz, pues el pago de ello será darle el cielo por la religion, y gloria por la cruz que por su amor ha llevado.

Bendito sea nuestro señor Jesucristo, que tiene bondad para dar gloria á los gusanos de la tierra, levantando *de pulvere egenum, ut sedeat cum principibus populi tui* (1 *Reg.*, *cap.* 2). Bienaventurada la hora de la muerte corporal, pues por ella se sube á tener silla con los príncipes que siempre viven en el acatamiento de Dios. ¡Oh dia, fin de los trabajos y de los pecados, y en el cual el hombre sube á comenzar á servir al Señor de verdad, y no como acá, donde se desconsuela el hombre por los servicios tan imperfectos que le hace; porque acá anda el hombre cosqueando y hambreando con deseo de agradar á Dios y de servirle con todo su corazon; mas en el cielo cúmplese este deseo tan cumplido, que todo el hombre es empleado en el servicio y alabanza de Dios, sin que alguno se entremeta á lo impedir! Bendito sea Dios, que tan presto quiso coger á Vm. para su granero, porque la malicia no mudase su entendimiento, y para enseñarle las riquezas de su bondad, que por tan pocos años de servicio da galardon eterno.

Este es Dios, señor, este es Dios: este es el fruto de su pasion, este es el valor de su gracia: esta es nuestra buena dicha, caer en manos de tal Señor, conocerle y amarle, aunque con muchas faltas; mas estas límpialas él con su sangre, haciéndonos participantes de sus sacramentos, y el amor paternal que nos tiene le hace ser fácil en perdonar nuestras culpas y muy copioso en galardonar nuestros servicios; y por medio del mar Bermejo nos lleva á la tierra prometida, apartando de nosotros nuestros pecados cuanto dista el Oriente del Occidente, y ahogándolos en su sangre: de manera que aunque los veamos, será verlos muertos, y que nos den materia de alabar al Señor, *qui equum et ascensorem in mare projecit* (*Exod.*, 15). Vaya, señor, con la bendicion de Dios nuestro Señor á gozar de las riquezas de su buen Padre, que, la lanza en la mano y derramando su propia sangre, le ganó, que nunca deja de acudir á los que en él